

tres de la tarde del día doce, y concluyó á las siete de la noche. Al comenzar el "Venite exultemus Domino" todos los corazones se conmovieron profundamente y latieron con un mismo sentimiento. Las Vísperas estuvieron muy brillantes, y la orquesta bajo la dirección del hábil profesor D. Julian Barrios hizo verdaderos prodigios. Mas de cuarenta sacerdotes asistieron al acto, y algunos de ellos vinieron de largas distancias para pagar su deuda de gratitud, entre otros vimos allí al ilustrado Cura de Cotija con sus cabellos blancos y con su alma limpia, al benemérito cura de Tarecuato que recibió al Prelado enfermo en su casa cural y le atendió debidamente; y al humilde Cura de Tlazazalca tan recomendable por sus méritos. Nuestros ojos buscaron en vano al dignísimo cura de Jacona, tan notable por sus trabajos, por su ciencia y por su virtud. Alguien nos recordó su ausencia en la Capital de la República y nos aseguró como aseguramos nosotros que allá como aquí responderán sus oraciones y sus lágrimas, á las oraciones y á las lágrimas de sus feligreses y de sus hermanos.

Concluido el Oficio ocupó la Cátedra Sagrada el Sr. Vicario Capitular, Canónigo Lic. D. Juan R. Carranza, encargado de la oración latina, y desempeñó su comisión de una manera brillante, á juicio de los inteligentes. Aunque muchos carecían de los conocimientos del idioma en que habló el orador, su acción, su palabra y su ternura fué perfectamente comprendida, como un himno dulcísimo de gratitud y de amor. El Sr. Carranza es un sacerdote ilustrado y virtuoso. Su nombre no ha ido mas lejos de la Diócesis que dignamente gobierna, porque su modestia ha cortado

el vuelo á la luz de su pensamiento. Luego que la oración concluyó, se retiró la concurrencia, llevando en el alma un triste y venturoso recuerdo.

El Santo Sacrificio del día trece fué el mismo Sacrificio consolador de la redención del mundo; pero la Iglesia que tiene días de purísima alegría no carece, algunas veces de tristes armonías. Los corazones que se entregan al pesar, palpitan de una manera distinta, que los corazones que rebosan alegría. El llamamiento á las lágrimas, aunque venga del templo, tiene su sonido peculiar, que hace palidecer el sol y que entristece el alma. Por eso en ese día hemos visto ante los divinos oficios una concurrencia enlutada, corazones entristecidos y ojos bañados en lágrimas. Los ministros oficiantes apenas podían contener sus sollozos, para no interrumpir los cánticos sagrados de la "Misa de requiem" que celebró el Sr. Arcediano de la Santa Iglesia Catedral, Lic. D. Manuel B. Gutierrez asistido del Sr. Cura Fr. Agustín Martínez y del Sr. Cura D. Benigno Tejeda. Inútil es decir que la misa con acompañamiento de coros y orquesta, fué una obra digna de la muy digna memoria del Prelado difunto, y que todos los profesores se empeñaron á porfía en cumplir con su deber. Durante ese tiempo la concurrencia toda guardó profundo silencio y compostura, y todos los corazones se elevaron á Dios ante el altar y el túmulo. Varios eclesiásticos ameritados dijeron misas rezadas en los demas altares del templo, mientras que en el mayor se cantaba la solemne.

Terminada ésta, subió al púlpito el Sr. Canónigo Lic. D. Ignacio Aguilar, quien recibió las últimas palabras del Illmo. Sr. Peña y le

auxilió en sus últimos momentos. Ninguna palabra era mas autorizada que la suya para hacer el panegírico del Obispo difunto. La voz del orador se dejó escuchar con la veneracion de su palabra siempre autorizada, y cada frase que salia de sus lábios, arrancaba al auditorio abundantísimas lágrimas. El Sr. Canónigo Aguilar tiene un dialecto correcto, una palabra fácil y un estilo brillante. Su voz sonora, no solo llenó las bóvedas del templo, sino que salió fuera de sus muros donde una multitud ávida de escucharle disfrutaba á su sabor de su palabra dulcísima. El orador mezcló sus lágrimas con las del auditorio suspenso y conmovido, y concluyó grabando en nuestros corazones esas frases inmortales que viven mas que los siglos. Durante su discurso hubo momentos de emocion verdaderamente dolorosa, y el que tanto se ha afanado, con los dignísimos capitulares, en guardar la memoria del Illmo. Sr. Peña, puede estar seguro de que la posteridad recojerá sus palabras, lo mismo que las del Sr. Vicario Capitulár, para grabarlas en el libro inmortal de la gratitud del digno pueblo zamorano, que sabe estimar como el que mas el trabajo, la honradéz y la virtud.

Nosotros estabamos, el dia trece, en medio de esa concurrencia inmensa, que llenaba el gran templo, y á los tristes acordes de la sonora orquesta, deslumbrados por la luz de mil antorchas, arrobados con el perfume sagrado de los fúnebres pebeteros, y sonando en nuestros oídos las dulces palabras del orador cristiano, hemos paseado nuestro pensamiento absorto por la gran Basílica zamorana. Todo está allí lo mismo que cuando vivia el Prelado difunto. Allí el altar esplen-

dente donde tantas veces celebró el Santo sacrificio de su amor y de su respeto profundo.

Allí el grandioso tabernáculo á donde tantas veces levantó su angélica mirada. Allí el ara sagrada donde tantas veces colocó sus manos venerables. Allí velada la custódia de oro, para él siempre relicario purísimo de veneracion y de fé. Allí los mismos sagrados vasos en que bebió tantas veces la vida y la luz. Allí los hermosos altares que su piedad levantó, vestidos de blanco y oro. Allí las santas imágenes de su amor y de su adoracion. Allí el libro de los santos evangelios que tantas veces enseñó á su pueblo, para mostrarle el espinoso camino del cielo. Allí la cátedra sagrada desde cuya altura dejó escuchar tantas veces la palabra de Dios. Allí las dulces armonías del órgano sonoro, que tantas veces le acompañó sus blandas salmódias. Allí sobre el túmulo de duelo su santo báculo pastoral, que empuñó blandamente en beneficio de todos. Allí su humilde mitra que llevó sobre su cabeza pensadora, y que fué colocada tristemente sobre los trofeos de la muerte. Todo estaba allí y solo faltaba él.

Es muy consolador el dulce pensamiento del cielo, cuando se vé y se palpa que la tierra llama á su centro hasta las mas elevadas grandezas. El Illmo. Sr. Peña ha pagado su tributo á la muerte; pero su memoria vive y vivirá siempre, en la presente generacion, y nuestros pósteros guardarán su recuerdo, no solo con veneracion, sino con respeto profundo. Hemos dicho, que el digno Prelado de la Iglesia de Zamora no estaba allí donde están sus obras grandiosas; pero con los ojos del alma le hemos visto en su templo, con su cabeza inclinada, con sus ojos humildes, con su paso lento y con su

mano trémula. En la vida de los negocios le vemos aún con su pensamiento vigoroso, con su alma firme, y con su corazón dispuesto al martirio, en el cumplimiento de sus sagrados deberes, que fueron su empeño continuo, mientras que tuvieron el gusto y la dicha de verle sobre la tierra. Cuando era necesario, esa cabeza inclinada por los años, se levantaba como la de Isaias, para cumplir con los mandatos de Dios. Cuando era necesario, esos ojos humildes brillaban como los de Moises ante la zarza encendida. Cuando era necesario, sus débiles pasos salvaban las distancias y escalaban las alturas con el vigor de los hijos de Israel. Cuando era necesario, su débil mano empuñaba con vigor su báculo digno, como lo llevaron siempre los descendientes de Leví. Cuando era necesario, su débil palabra tronaba en el púlpito como la de Josué en los campos de Jericó, condenando la impiedad y castigando el vicio. Siempre fué notable para todos, que esa vida octogenaria se encendía innumerables veces como un relámpago milagroso y brillaba mas que el sol. ¿Por qué podía tanto esa palabra temblorosa? ¿Por qué ese corazón débil palpitaba con tanta fuerza en momentos supremos? ¿Por qué esa alma al parecer débil, ostentaba tanto brillo? ¿Por qué tanto vigor y tanta fuerza, en un cuerpo que se inclinaba á la tierra? La respuesta de estas preguntas no la dá el mundo y solo las contesta el cielo. Ese Santo varón caminaba siempre guiado por la fé y protegido por la esperanza. En la fúnebre ceremonia de los días doce y trece del presente, nosotros le hemos visto lo mismo que toda la concurrencia con los ojos del alma. Hemos visto flotar su blanca vestidura de ángel, entre mil nubes de incienso.

Hemos visto sus ojos brillando como las estrellas ante el trono de Dios. Hemos visto sus manos juntas pidiendo piedad al cielo para sus hijos agradecidos, y aún para sus enemigos mismos. Las oraciones del Santo Prelado que fueron antes nuestro mejor consuelo, son hoy mas que ayer aceptables al Todopoderoso. Antes oraba por nosotros un virtuoso sacerdote y un dignísimo Prelado. Hoy nos protege desde el cielo un ángel del Señor. Lo creemos así los que aunque malos adoramos al Dios de nuestros padres, y sabemos á plena luz, que el Illmo. Sr. Peña fué un hombre ejemplar y un sacerdote dignísimo. Sus pasos no se encaminaron nunca, sino por el sendero del bien. Su corazón no palpité nunca, sino para alcanzar la corona de los justos. Su alma no brilló jamás sino á la luz de la fé. Nuestros votos fervientes son y serán siempre por el eterno descanso de su alma justa.

No es de nuestro objeto ni tenemos tamaños bastantes para escribir la biografía del Obispo difunto. Tampoco nos proponemos, ni podríamos aunque quisiéramos hacer su panegírico. Describimos y pintamos, en toscas líneas sus honras fúnebres, y nada mas. Sin embargo no podemos escusarnos de decir, que el Illmo. Sr. Peña vivió y murió en la mayor pobreza. Sus vestidos de púrpura, encubrían el tosco lienzo de su humilde abrigo interior, su mesa era también humilde, y en ella tenían asiento preferente al suyo los pobres y los desgraciados. Su lecho ordinario era de madera blanca, y fué prestado el que le recibió en sus últimos momentos. A pretesto de demandarlo su salud tomaba siempre los alimentos mas frugales y creyendo todo incesario para él, su casa episcopal, en su desmantelado interior valia menos

que la chosa del desgraciado labrador. Su lujo consistía en pocos y escojidos libros, en unas cuantas pinturas sagradas de verdadero mérito, y en un Santo Cristo romano cuyos pies bañó innumerables veces con sus lágrimas cristalinas.

El Illmo. Sr. Peña ha muerto despues de haber hecho grandes obras para el porvenir de su Diócesis. En el Cabildo eclesiástico deja en primer lugar á un sacerdote anciano que se inclina á la tierra cargado de años y de servicios; en segundo lugar á un orador que es la gala del púlpito zamorano, y que bien podria brillar en una altura mayor; en tercer lugar á su antiguo Gobernador de la Mitra, actual Vicario Capitular, digno por mil títulos de la estimacion general: en cuarto lugar á un sacerdote dignísimo, que es la virtud misma y que heredó el espíritu y el corazon del difunto Obispo; y en quinto lugar á un antiguo monje zapopano de costumbres sevéras y de intachable conducta. Ha dejado en todos sus curatos eclesiásticos laboriosos, virtuosos y dignos, que trabajan con empeño por multiplicar el pasto espiritual de las almas y la pureza de las aguas vivas. En el Colegio Seminario, que mereció todo su anhelo, deja profesores instruidos y honrados, capaces de coronar todas sus esperanzas. Ha muerto el Sr. Peña dejando sembrada en el vasto campo de su Diócesis la buena semilla, que cultivada con esmero dará al porvenir frutos de bendicion.

Unas cuantas palabras mas y habremos concluido este imperfecto trabajo, que bien quisiéramos fuera digno del personaje á que le consagramos. Nuestro Obispo difunto era un santo. Su háculo florecio y dió frutos de bendicion como la vara de Aaron. Como David dominó al

Leon y mató al gigante. Como Saul venció á los enemigos del pueblo de Dios. Como Isaac inclinó la cabeza ante la espada de Abraham. Como Jacob vió en sueños la misteriosa escala, que acaba de repasar su virtud. Como Job se resignó con sus dolores y bendijo siempre los decretos del Altísimo. Como Elías fué arrebatado al cielo, y Eliseo vendrá despues de él á recibir su manto perfumado y su radiante espíritu profético.

Zamora, Octubre 14 de 1877.

FRANCISCO VACA.

